



Zafón con Gemma Nierra en la presentación en el MACBA de Barcelona de su libro 'El prisionero del cielo'

ZAFÓN Y AQUELLOS LIBROS QUE NO SE OLVIDAN

ESTE GIGANTE DE LAS LETRAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS LANZA 'EL PRISIONERO DEL CIELO', TERCERA ENTREGA DE LA SAGA DEL CEMENTERIO DE LOS LIBROS OLVIDADOS, QUE COMENZABA HACE MUCHOS AÑOS CON LA MILLONARIA EN VENTAS 'LA SOMBRA DEL VIENTO'. CONSIDERADO UN DISCÍPULO A DISTANCIA DE JORGE LUIS BORGES, UNO DE SUS MEJORES LECTORES HA SIDO EL MINISTRO ALEMÁN JOSCHKA FISCHER

TEXTO Y FOTO **Xurxo Fernández**

Carlos Ruiz Zafón es una especie de milagro. Durante años ejerció públicamente de escritor de novelas juveniles. Aunque supongo que, a la mayor parte de ustedes, este tipo de categorización les resultará inútil.

En efecto. Eso se dijo durante décadas (a veces, siglos) de narradores tan solventes como Robert Louis Stevenson, Alejandro Dumas o Jack London. Y, lo que es mucho peor, también llegó a afirmarse de alguien como Joseph Conrad. Sí, el autor de *Colmillo Blanco*, por supuesto. Pero también, el de *Las muertes concéntricas* o, ¡¡¡Dios mío...!!!, de *El corazón de las tinieblas*.

La historia es, ahora mismo, archiconocida.

UN CONCURSO

Zafón se presenta a uno de los varios concursos amparados bajo la estela de Planeta. No lo gana, pero queda segundo, según la última votación del jurado. Si hubiera sido en el Planeta canónico, la obra se publicaría, pero en éste no existe esa posibilidad. Gana Ángeles Caso, con un libro magnífico, por cierto, pero del que nadie se acuerda hoy día. La obra de nuestro hombre, pues, está a punto de pasar al olvido más cruel. Lo lógico en este caso es que el autor la destierre o sepulte sine die, continuando con lo seguro. Porque este autor ha sido, y sigue siendo en esencia, un guionista que vive en Hollywood y se ocupa de un amplio margen de producciones que no están en primera línea. Por cierto: desconocidas. Nunca ha querido decir para quién trabaja. Incluso se calla quiénes son sus contactos en la profesión en La Meca del Cine. Ni qué directores han confiado en él a lo largo de todo este tiempo en ese traidor vivero filmico.

EL HOMBRE SECRETO

Francis Bacon, el filósofo del que se dijo que era suya la autoría de la obra de Shakespeare, acostumbraba a comentar que "no hay secreto comparable a la rapidez". Y, con Carlos, pasa exactamente esto. Él ha mantenido ese trabajo oculto de las miradas curiosas y ha trabajado sin descanso, durante años, en el mismo sitio de siempre. Haciendo su labor como un anacoreta, por lo que él mismo nos ha contado. Cuatro paredes desnudas, sin decorar, sin nada en qué fijarse. Sin ventanas. La mayor concentración posible. Algo que suena a los viejos manuales de cómo estudiar aprovechadamente, como en el caso del famoso Survey Q 3R (Survey, question, read, recite, review). Ahí también aconsejaban que para estudiar, o para cualquier tipo de labor creativa, uno no debería tener alrededor nada que lo pudiera distraer.

NOSOTROS, CON ÉL

Ese manual de supervivencia le fue favorable a nuestro amigo. Incluso se fundió con el paisaje, convirtiéndolo en un yankee de manual, aficionado, incluso culinariamente, a los manjares de su patria de adopción. Cris Domínguez y yo fuimos testigos, durante la promoción de *La sombra del viento*, de ese detalle. Estábamos en el Barrola, acompañados por Alba Fité, de Planeta, y Pepe nos ofrecía su formidable arroz de bogavante, o algunas de sus increíbles carnes. Carlos lo miraba como si estuviese descendiendo de un OVNI. Cuando el maître largó su menú al completo, él dijo, simplemente, "preferiría una hamburguesa". Pepe, profesional como pocos, se la construyó partiendo de un solomillo de ternera de los que hacen época.

Por cierto. El primero que promocionó, o que hizo fijarse en toda España, la novela en cuestión, fue mi amigo Sergio Vila San Juan, siempre al frente del Cultural de *La Vanguardia*. Los segundos, nosotros. Cris en Galicia Hoxe, y yo en EL CORREO GALLEGO. Uno se siente muy orgulloso de eso.

Pero nos estamos desviando. La obra acabó publicándose, como todo el Universo sabe. Pero no hemos contado por qué. Uno de los miembros del jurado insistió en que había que hacerlo a pesar de todo. A pesar de que en las bases no se contemplaba tal cosa (editar la segunda, la finalista). Fue mi querido Terenci Moix, que era un águila descubriendo joyas. Él formaba parte de aquel grupo de personas que habían premiado a Ángeles Caso, pero desde un primer momento le había llamado la atención esta obra, a la que juzgaba, simplemente, como una obra maestra. Y habló con José Manuel Lara. Largo y tendido. Al final, el editor, que confiaba muchísimo en el sexto sentido del autor de *El*

peso de la paja, accedió a que se publicara. Eso sí: no había presupuesto extra para una promoción específica para ese segundo de a bordo, y acabó haciéndose lentamente, a lo largo de meses.

EL COMIENZO DEL TRIUNFO

Comenzó entonces un dilatado y cálido fenómeno: el del tumulto aparentemente silencioso de los lectores atentos. Y la fama de la obra trascendió poco a poco, mediante el efectivo truco del boca/oreja.

Al cabo de muy poco, *La sombra del viento* editaba, solo en España, un millón de ejemplares. Algo francamente muy poco visto hasta entonces. La suerte quiso, además, que, tras una traducción al alemán, fuera Joschka Fischer su mayor adalid en la patria de Goethe. Llegó a calificarlo como su libro de cabecera. Las críticas de escritores vinieron enseguida. En Estados Unidos, el gremio se volcó con él, y el *New York Times* lo puso por las nubes. Los de Manhattan recordaban muy bien a Jorge Luis Borges, que había dictado conferencias en la Gran Manzana, y la imagen del Cementerio de los libros olvidados no se le escapó a ninguno de aquellos sibaritas de las letras.

Y pronto fueron cinco millones los ejemplares, editados en una docena de idiomas.

LA TERCERA PARTE

Andando el tiempo hubo una precuela. Es decir. Algo que tiene relación con la obra, pero que transcurre antes de la primera. Los lectores primigenios estaban de suerte. Volvían a gozar de esa cosmogonía privada que solo Carlos es capaz de construir. Para evitar la tensión de la promoción de la primera, Planeta lanzó, de una tacada, un millón de ejemplares esta vez. Lo hacía en uno de los escenarios más grandiosos que uno conoce: el Liceu de Barcelona, impregnado de Verdi, y de Wagner, y de Berg. Y acertaron. La aventura continuaba.

Hace poco veía la luz *El prisionero del cielo*, la tercera. Esta vez tiraba hacia delante. Era ya una secuela de la primera. Es decir: la continuaba, no la precedía.

No solo no defrauda. Entusiasma. A la sombra del dragón de Gaudí, la saga crece, se desarrolla, estimula. De alguna manera vaga, recuerda las sagas del XIX que mantuvieron en vilo a lo largo de los años a miles de lectores. Uno recuerda con evidencia directa las de Alejandro Dumas, pero también el misterioso y aleccionador ejercicio costumbrista del todopoderoso Eugène Sue, el de *Los misterios de París*.

No me molestaré en hacerles ni siquiera una síntesis. Se merecen el placer de la sorpresa. Solo puedo afirmar que les volverá locos esta tercera entrega del Cementerio de los libros olvidados. Avísados quedan. Y que ustedes lo disfruten.